

América, todavía mundo nuevo

JUAN DE LUIGI LEMUS

Siete años nos separan del medio milenio del Descubrimiento de América y de su incorporación al mundo occidental. La magnitud histórica de la fecha tiene tanta trascendencia, que su celebración ha sido iniciada con más de un lustro de antelación. No sólo la historia europea sino la historia universal son determinadas por este acontecimiento que, junto a la caída de Constantinopla y el Renacimiento, son considerados como el inicio de la historia moderna.

Pero para nosotros los americanos, y más en particular los hispano-americanos, tiene una especial importancia, quizás si vital. El estudio y análisis de nuestras raíces, de nuestros orígenes, deberá encauzar nuestras conductas y nuestro destino en un futuro como cultura independiente y determinante.

Por lo tanto, todo estudio de nuestros orígenes y, principalmente, la celebración del Descubrimiento de América como fecha símbolo de su incorporación a la historia universal, merecerán nuestra preferente atención. En este sentido, América debe ser objeto de estudio y crítica por toda forma de conocimiento y no sólo el histórico. Afortunadamente las fuentes escritas y las primeras polémicas que suscitara su nombre son amplias y podríamos agregar, vivas. Al sincero relato del genovés Cristóforo Colombo, en sus cartas narrativas del Descubrimiento, le siguieron las claras y precisas del florentino Amerigo Vespucci, cuyos escritos precisaron en el ambiente europeo la evidencia de un mundo nuevo y no de las Indias. Mundo nuevo es todavía América, y más en especial América Latina, que se plasma más lentamente que su congénere del Norte y no agota rápidamente su destino

ni su compromiso histórico. Mundo nuevo, en el cual todavía no se asientan ni los cruzamientos raciales ni las formas culturales. El legado indígena —raza y cultura— nuevamente afloran en el mestizo; pero afloran en un ser esencialmente hispano y occidental, hijo y fruto de una frontera de guerra medieval que determinó a los primeros conquistadores y el estilo de una conquista. Ese conquistador es el verdadero padre del criollo que, como su legítimo heredero, acrecentó el poder de la conquista, transformándose en el habitante predominante del nuevo mundo hispanoamericano. Otra forma y otro estilo tuvo el nuevo mundo norteamericano sajón. En él no existió el mestizaje y las formas de expansión y asentamiento fueron considerablemente distintas.

El gran papel que jugara la Corona española y su sentido misional están reflejados en el concepto de vinculación que existió entre la Madre Patria y las Indias; ellas jamás fueron consideradas colonias y su enlace era directo con el Rey, quien, por intermedio de sus funcionarios y de una administración que aún se mantiene viva en muchos lugares de Latinoamérica en diversas formas, principalmente jurídicas, gobernó ejemplarmente. Esta labor de la Corona no tuvo parangón en su época y las instituciones que, para su administración, se crearon realizaron una acción fiscalizadora y de organización de la vida americana que todavía son un ejemplo frente a otras formas de colonización que curiosamente fueron las creadoras de la "leyenda negra". Si bien ella puede justificarse en el siglo XVI por el antagonismo al predominio mundial español, no la tuvo ni en el siglo XVIII ni en el XIX, en el que continuó distorsionando la realidad histórica de la obra de España en América.

Todo esto nos lleva a señalar el peligroso desconocimiento que se tiene de la historia y de la realidad hispanoamericana. Existe un proceso de desfiguración que es muy difícil de desmitificar, ya que de Latinoamérica nada se dice que no sea negativo, y las imágenes que se tienen en Europa como en otros continentes son desconcertantes y descorazonadoras.

Será nuestra tarea el destacar todo el empuje de la cultura latinoamericana en su más amplia creatividad; el escrudiñar sus rincones más ignorados; el dar a conocer cómo en el siglo XVI se creaban universidades y escuelas para los hijos de los naturales, cuando en otros lugares se les exterminaba al igual que animales. Esta realidad latinoamericana tan distorsionada está asentada en un mundo todavía nuevo, en el cual la naturaleza y las distancias ofrecen un desafío en un medio que, tal como hemos indicado, todavía gesta lentamente sus propias formas: la de una cultura que deberá ser su propia manifestación de vida.